

El otro yo del turista

Ángela Garcés

*Este viaja porque se busca,
aquel porque quisiera perderse.*

F. Nietzsche

*El amante se parece al turista: uno y
otro siempre acaban por contaminar
los paisajes que frecuentan.*

Xavier Rubert de Ventos

La distinción entre el viajero y el turista la encontramos permanentemente como la diferencia que permita valorar al primero y desprestigiar al segundo. Ambos están comprometidos con el movimiento, impulsados por la curiosidad y la exploración de espacios-tiempos y de hombres, ambos sustentan una dualidad, que confirma el privilegio del “Yo viajero” y estigmatiza al “Otro turista”.

Las dualidades se suceden entre los tipos de viajeros o turistas que van tras la búsqueda de la diferencia o la repetición, de lo otro o lo mismo, esta búsqueda determina un tipo de viajero, ya se trate del solitario o del gregario, del activo o del pasivo, del individuo o el impersonal... las tipologías a su vez, se ven reflejadas en los medios de transporte elegidos: caminos o carreteras, caballos o automóviles, barcos o aviones. Además, las dualidades reconocen una correspondencia con las relaciones que

se privilegian: intercambios o espectáculos, descubrimientos o distracciones, encuentros o travesía. Estas oposiciones validan, una y otra vez, la oposición viajero-turista.

Al turista se le reprocha su ingenuidad, credulidad, torpeza, visión superficial de las cosas, indiscreción, invasión, gregarismo, mientras que al viajero se le atribuye



su capacidad de descubrimiento, exaltación de la sensibilidad, búsqueda de aventuras y capacidad de riesgo.

Podríamos preguntarnos: ¿qué es lo que el viajero le reprocha al turista? Ante esta pregunta, es necesario resaltar el tipo de relación que el turismo establece con el entorno y las personas que visita. Las siguientes características ponen en evidencia las aptitudes que el turista introduce en su forma particular de relacionarse con los lugares, los tiempos y las personas:

1. Introduce relaciones mercantiles en el interior del viaje (compra postales y artículos artesanales, conocidos como *souvenirs*).
2. Reduce las prácticas vitales de una comunidad a meros juegos o deportes (pescar, navegar, nadar, caminar).
3. Pervierte las tradiciones y favorece el espectáculo: danzas rituales convertidas en exhibiciones que divierten.¹

El viajero le reprocha al turista su búsqueda superficial y rápida que desvirtúa la curiosidad, cualidad principal del viajero. Esta imagen se traduce en un deseo encomiable de ver, de conocer e instruirse. La curiosidad se convierte, en el turista, en un deseo por atravesar los espacios sin reconocerlos, por disfrutar de la diversidad de paisajes sin alcanzar a contemplarlos ni a entenderlos.

Mientras que el viajero asume su desplazamiento como un aprendizaje, el turista lo busca para distraerse; se trata de dos formas de desarrollar una “estética del viaje” que ponen en evidencia la transformación de las percepciones espacio-temporales posibles para cada uno. Si el viajero “pone en juego su identidad”, el turista sale de *tour*

para “jugar a cambiar de identidad” y retornar luego a “lo mismo”.

Revisemos las tipologías de turismo que van transformando la imagen privilegiada del viajero, ateniéndonos a los registros históricos desde los albores del siglo XIX:

1. Albores siglo XIX. El viajero ama el paisaje. El viajero que transforma la naturaleza en paisaje “puede ir de paseo al campo”. En este tipo de viaje, no se puede confundir el “campo” con la “naturaleza”, pues el “campo” es asimilado al “paisaje”, elevado a la categoría de espectáculo. “El paisaje es la “vista” y el “panorama”. Aparece la “bella vista” expuesta para el contemplador ocasional, es decir, el turista”.²

La noción de “paisaje” en su condición de espectáculo, era impensable a finales del siglo XVIII, época del “viajero romántico” que se dirige a la Naturaleza tras una búsqueda mística y religiosa: en el abismo de la Naturaleza espera encontrar su “luz interior”.

2. Mediados del siglo XIX. El “paseante urbano”, es decir, el *flaneur*, va por las calles y los bulevares ejerciendo su función de “eterno *voyeur*”, pues nunca se demora mucho tiempo en el mismo sitio. Ese turista urbano se limita a “pasear” como un hambriento de movilidad.

El “paseo urbano”, concebido como “simple movimiento” en ejercicio del *voyeur*, es impensable para el “héroe urbano”, ese poeta bohemio, que hace de la calle y sus habitantes, los motivos indispensables para su inspiración poética y para la confrontación de la burguesía urbana.

3. Finales del siglo XIX. Primer esplendor del turismo promovido por las “agen-

cias de viaje". Los medios de transporte (primero barco a vapor y ferrocarril, luego el automóvil y el avión) van dominando progresivamente el espacio y el tiempo. Los obstáculos geográficos son superados con la implementación del "imperio de la línea recta" (líneas marítimas, férreas, carretables y aéreas), y la conjugación de la "línea recta" con los modernos medios de transporte comienzan a dominar el tiempo.

Cuando las distancias se acortan, el globo terráqueo comienza a empequeñecerse, la tierra es atravesada por innumerables *tours* gracias al desarrollo de las "guías turísticas". El antiguo viajero expuesto a los peligros inciertos del camino es renovado por el "viajero mecánico". Por primera vez, en la historia de los viajes, se realizan recorridos regulados por un mecanismo abstracto: el reloj, nuevo dispositivo que comienza a controlar el tiempo y el espacio del viaje. El "turista mecánico" puede darle "la vuelta al mundo en ochenta días", recorriendo el globo terráqueo, con una "contemplación improductiva".

4. Siglo xx. Masificación progresiva del turismo. El viajero del siglo xx comienza a caracterizarse por su "constante movimiento", regido por la "lógica de la velocidad", que le impone "ir más rápido" superando siempre la velocidad y la travesía anterior. Se trata del "autoestopista" que atraviesa grandes extensiones gracias al desarrollo de las vías rápidas: autopistas que transforman las ciudades en metrópolis y las metrópolis en megalópolis. La autopista da nacimiento al "viajero en automóvil" que transforma el trayecto del viaje en una especie de inercia, de intermedio entre la salida y el destino.

El viaje empieza a perder su condición de *acontecimiento* para convertirse en travesía. El "autoestopista" se limita a atravesar el tiempo y el espacio sin necesidad de reconocerlos: "en el turismo, la norma consiste en la máxima distancia en el mínimo tiempo. La libertad se ofrece así al por mayor. Reducido al coste del puro tránsito, convertido el espacio en travesía radical, el territorio se descongela. Es el placer líquido".³ "Autoestopista" viajero que goza de las vías rápidas conjugando la velocidad creciente de su automóvil.

Con el desarrollo del turismo, la curiosidad del viajero, en la persona del turista cambia de valor. El deseo de conocimiento se ha convertido en el deseo indiscreto. El turista va tras la búsqueda de emociones y sensibilidades que alcanzan a desvirtuar la capacidad de sensibilidad privilegiada del viajero. El turista concibe "un desplazamiento en el espacio", pero sobre la pura y simple movilidad, como un medio psicológico de entretener y aplazar el tiempo".⁴

Si bien el turista privilegia el disfrute, el consumo y el reporte fotográfico, el viajero necesita detenerse en los lugares para contemplar la diferencia y cumplir con "los ritos con los que aprehendía el paisaje, sus convenciones de descripción y nomenclatura, su representación del tiempo y los espacios se le antojaban como algo cuestionable (...) a menudo le resultaba literalmente imposible aprehender el tiempo con los lugares que tenía que investigar".⁵

La novela *Lento regreso* de Peter Handke permite reconocer un tipo de viajero denominado "viajero de vida". Se trata de un viajero que investiga en las formas por su

sensibilidad, necesita diferenciarlas y describirlas, reconociendo en ellas las diversas posibilidades de ponerse en “comunicación con el paisaje” y “consigo mismo”. Esta comunicación exige determinadas características, imprescindibles en el viajero, entre ellas, “la comunicación solitaria”.

Ante el paisaje, el viajero reconoce que “desde que vivía casi siempre solo-necesitaba sentir con toda exactitud dónde estaba en cada momento: percibir las distancias, estar seguro del ángulo de inclinación, barruntar siempre por lo menos hasta una determinada profundidad, el material y la estratificación del suelo sobre el que se encontraba”.⁶

El viajero privilegia la soledad, porque reconoce que sólo ella le proporciona una comunicación especial con el paisaje, al poner en relación los “estados interiores” con los “estados exteriores”, presentando una confluencia entre el “ánimo personal” con el “estado del paisaje” donde influyen las circunstancias climáticas, la atmósfera, los tonos de luz del paisaje. El viajero alcanza entonces una correspondencia interior/exterior que mantiene la cohesión consigo mismo y con el exterior. Esta cohesión aparece gracias a una “observación detenida”.

Se trata de una observación detenida que le permite al viajero “recobrar los espacios que por rapidez había desperdiciado (...) No estando en situación de reencontrarse



(...) En este lugar, aquí y ahora, veía en él su única oportunidad: si no se dedicaba a él en los espacios de su pasado, en los momentos de suerte; en cambio, en el feliz, beatífico agotamiento, todos sus espacios-el individual, recientemente conquistado, y todos los anteriores- se ensamblan formando una cúpula que envolvía el cielo y la tierra a modo de santuario, un santuario que no era solamente para él sino que se abría además a todos los demás”.⁷

La observación implica un despliegue kinestésico gracias a la comunicación viajero-paisaje. El afuera, por influencia de

sus elementos naturales en acción (lluvia, viento, tormenta, borrasca...), puede impresionar en primera instancia a la percepción visual, pero la sensación kinestésica se alcanza gracias a la correspondencia entre olores, calores, movimientos y ritmos. Si el verdadero viajero se dispone a cambiar su ritmo habitual para lograr una correspondencia con el flujo del paisaje, puede despertar a nuevas percepciones. Se requiere entonces de otra disposición... "dibujar el paisaje".

El viajero graba el paisaje al registrar aquellos elementos escondidos para aquel viajero que pasa rápido por los lugares. Ese privilegio óptico del viajero requiere una disposición especial del cuerpo en su relación con el entorno, necesita aceptar la invitación de los elementos del paisaje y lograr un cambio de ritmo; quizás se trata de disminuir el paso y dejarse invadir por el elemento que la conciencia no alcanza a captar, se requiere entonces una lentitud que la mirada del científico difícilmente alcanza y el turista no necesita en su búsqueda frenética. El viajero, en cambio, necesita un *paso lento*.

El viajero busca diferenciarse del turista en pro de su privilegio óptico que pone por delante su facultad de sentir lo diverso y reconocer la belleza o lo siniestro en aquellos elementos que saben infundir fuerza y sosiego o vértigo y muerte a una sensibilidad impresionada.

El viajero se burlará de los viajeros apresurados, turistas que no pueden dejar de ver siempre el mismo paisaje y deleitarse en la repetición de lo mismo, turistas que sólo ven un paisaje homogéneo, aquel que salta a la vista y no deja percibir las peculiaridades, los detalles, la fuerza de los elementos

que sólo impresionan al viajero que saborea una percepción lenta, atenta, propia del observador. Ante el paisaje, el viajero, a diferencia del turista, permanece.

El turista transforma esa comunicación privilegiada del viajero, cuando en su recorrido se resume en la afirmación *yo estuve allí y lo he podido ver*, y para demostrar su travesía, y estar bien seguro "hace acopio de fotos de las variadas situaciones o cosas, guarda objetos de recuerdo que cree muy personales, etc".⁸

No en vano, Claude Lévi-Strauss, al percibir el auge de viajeros europeos que quieren ir a visitar los lugares denominados exóticos a mediados del siglo XX, las selvas brasileras, la cuenca del Amazonas, los desiertos africanos, las poblaciones asiáticas... les reprocha su afán por llegar a esos lugares naturales que, con su visita, sólo acaban por contaminar.

Mientras el viajero etnólogo necesita considerar, reconocer y conservar la diferencia de cada paisaje (geográfico y étnico), el turista atenta contra los viajes, los paisajes y su entorno.

Los viajes, aquellos cofres mágicos llenos de promesas, de ensueño, nunca volverán a entregarnos sus tesoros incontaminados. Una civilización proliferante y sobreexcitada ha roto para siempre el silencio de los mares, los perfumes de los trópicos y la inocencia originaria de los seres humanos ha quedado corrompida por un ajeteo de dudosas consecuencias, que mortifica nuestros deseos y nos condena a hacernos exclusivamente con recuerdos contaminados.⁹

El turista desvanece la figura del viajero nómada o filósofo, poeta o peregrino, artista o vagabundo, que tenía como condición

imprescindible “viajar solo”, condición indispensable para abrir su sensibilidad al paisaje y hacerlo suyo. Se trata del viajero que hace de la soledad, la observación, la pintura y el ritmo lento, las disposiciones vitales para lograr la comunicación del interior con el exterior.

Mientras el turista necesita el cambio permanente, la sorpresa inesperada que mantienen en vilo su “sensibilidad cutánea”, el viajero busca gozar de la diferencia entre sí mismo y el objeto de su percepción, intensificando la sensación con delicadas diferencias.

Esta diferencia no tiene necesidad de ser objetivamente muy grande: el verdadero viajero sabe gozar de los ínfimos matices entre los objetos, dados por su color o su forma (...) y, en consecuencia, todo regreso a lo mismo es soso y bien marcado por el sabor repugnante de lo ya visto (...) El viajero siente todo el sabor de lo diverso (...) es un viajero insaciable.¹⁰

El turista se reafirma en la diversión o distracción inmediata, en el mercantilismo gregario. El turista va tras el puro encuentro con las cosas, de ahí que su viaje se relacione con una lógica extremadamente variable de sensaciones que podemos llamar “sensibilidad cutánea” que busca:

...la comida, el deporte, los juegos gratuitos y a veces el amor por añadidura. La originalidad del “Club” consiste en haber instituido



el sol como mercancía selectiva (...) Reúne las aspiraciones profundas y desperdigadas de la sensibilidad colectiva.

El cuerpo es el foco y el horizonte, anida sus fantasías y sus espejismos (...) La aldea de vacaciones aporta una primera corrección espectacular. Se despliega en espacios, a la vez compartimentados y confundidos, del goce: la playa, la mesa, la tienda de campaña (...)

La fortuna más deslumbrante: el tostado de piel que simboliza las perfecciones de la naturaleza (...) Chicos y chicas enamorados de la vida sana; los abrazos banalizados; el de-

sayuno opulento; la atención dedicada a la disuasión de las soledades; la directividad a cualquier precio...¹¹

No se puede comprender al turista invocando sólo las comodidades y facilidades del viaje y de las estadías prodigadas por los progresos técnicos y urbanos. Al abordar la *estética del viajero* es necesario revisar las tipologías y técnicas del viaje, midiendo las consecuencias estéticas y no precisamente las transformaciones morales y éticas, aunque estas sean puestas en evidencia.

Desde esta óptica, el turista se presenta como “otro viajero” que goza de “otros modos de percepción” prodigados por el “movimiento permanente” que ofrece la variedad de ritmos, de tránsitos y de espacios. “El turista ejerce una especie de libertad emocional, localizada en el movimiento y el cambio. Una sensación vacacional, un movimiento momentáneo de liberación por el viaje. Es la libertad turística, relacionada con el “ir y venir”, admirando el espectáculo.¹²

Si el turismo está unido a la aparición de los nuevos medios de transporte y a la mejora de las condiciones de vida urbanas y rurales, esto significa que la figura privilegiada del viajero puede desvanecerse, ante la desaparición de una serie de condiciones esenciales: inseguridad, insalubridad, incomodidad en el espacio, incertidumbre en el tiempo, lentitud obligada de los desplazamientos y travesía aleatoria de extensiones desérticas o selváticas.

Si bien a partir de los grandes progresos técnicos (barco a vapor, ferrocarril), implementados a mediados del siglo XIX, se comienzan a asegurar desplazamientos rápidos que dominan la naturaleza y el tiempo, se encontrarán, aún a finales del siglo XX, diferentes

modos y maneras de viajar que difícilmente opacan la sensibilidad cronotópica del viajero.

El viaje puede recobrar su independencia, su gusto por la libertad, cada vez que

se convierte en un medio de subjetivación antes que, de objetivación de la geografía elegida, o de disfrute por el recorrido exótico (...) Este cambio se apoya en un hecho radical: ya no hay más geografía que explorar, ningún lago o montaña que descubrir, ningún río que bautizar. El viaje es una excusa para el viaje interior y la dimensión iniciática se aloja en la exploración humana. Se viaja fundamentalmente para encontrar gente y vivir la experiencia del *otro*.¹³

Turistas y viajeros se desplazan en barco, en avión, en automóvil, pero si los medios uniformizan los modos y maneras de viajar, no alcanza a homogenizar la experiencia del viaje, pues en cada relato renovado (novela de viaje, diario de campo...) reconoceremos una y otra vez, que no existe una sensibilidad general y originaria, ella se expresa de múltiples formas.

Veremos como en los contextos técnicamente modernos, que presentan nuevas tipologías y técnicas de viaje, el turista reinventa la *estética del viaje*. Tendremos que entender entonces que el turista utiliza los medios de comunicación y de transporte modernos, que cada vez más superan la velocidad e incluso la necesidad de desplazarse, como los “viajes virtuales” o los “viajes fantásticos”, y a través de ellos, veremos una concepción del mundo permanentemente renovada que abre perspectivas diferentes de viaje y de la identidad del viajero.

Encontramos en un primer plano, que, tras estas nuevas condiciones del viaje, los



camina, el otro atraviesa, uno descubre los meandros del espacio, otro el tiempo y sus metamorfosis; cada cual, con su velocidad, cada cual con su viaje. El viajero y el turista confirman la orientación de la *experiencia estética del viaje*, concebida como diversidad creciente de perspectivas sobre el mundo y sobre sí mismo.

Se reconoce en la *estética del viaje* que viajeros y turistas se inscriben en un amplio movimiento de observación y de reconocimiento en el que son arrastrados sin cesar por un flujo de búsqueda e inquietud que los inscribe en modos de percepción y bajo los cuales despliegan múltiples sensibilidades cronotrópicas, estableciendo y reconstruyendo sin cesar nuevas visiones del mundo, nuevas identidades.

progresos del transporte suponen la desaparición del riesgo que confería al antiguo viajero una dimensión heroica. Y además el colectivismo y las visitas guiadas marcan el fin de una prestigiosa soledad. Pero no dejan de presentarse renovaciones en la experiencia del viaje. Al borde del año 2000, los viajeros reinventan “una suerte de antropología de las pequeñas cosas, sin la magnánima pretensión de buscar comprender al hombre, pues conciben que, viajar es perderse para -quizás -reencontrarse más adelante, transformado”.¹⁴

Un abanico de percepciones contrasta la dimensión del viajero y del turista. Uno

Referencias

- 1 Cfr. Lévi-Strauss, C. (1988). *Tristes trópicos*, Paidós.
- 2, 3, 4, 8, 12 Salabert, P. (1995). *Figuras del viaje. Tiempo, arte, identidad*, Universidad Nacional del Rosario, pp. 31, 35, 27, 37, 33.
- 5, 6, 7 Handke, P. (1985). *Lento regreso*, Alianza Editorial, pp. 18, 14, 15-16.
- 9 Lévi-Strauss, C. (1988). *Tristes trópicos*, Paidós, pp. 40, 41.
- 10 Todorov, T. (1991). *Nosotros y los otros: reflexión sobre la diversidad humana*, Siglo XXI Editores, pp. 373-374.
- 11 *Revista de Occidente*. (1993), números 140-141.
- 13, 14 Gasquet, A. (1999), “Bajo el cielo protector. Hacia una sociología de la literatura de viajes”, en Pimentel J. Diez estudios sobre literatura de viajes, Instituto de la Lengua Española, pp. 31-32.